

minotauro

URSULA K. LE GUIN

EL RELATO



URSULA K. LE GUIN

EL RELATO

minotauro

Título original: *The Telling*

© 2000 por Ursula K. Le Guin

© de la traducción, Estela Gutiérrez Torres

Publicado por acuerdo con International Editors Co' y Curtis Brown, Ltd.

© Editorial Planeta, S. A., 2002
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com
ISBN: 978-84-450-0977-2
Depósito legal: B. 340-2021

Preimpresión: Pleca digital S. L. U.
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Uno

Cuando Sutti regresaba a la Tierra durante el día, siempre iba a la aldea. Por la noche, iba al Pale.

Amarillo de bronce, amarillo de pasta de cúrcuma y de arroz cocido con azafrán, naranja de caléndulas, naranja pálido de la calina del atardecer sobre los campos, rojo de henna, rojo de pasionaria, rojo de sangre seca, rojo de barro: todos los colores de la luz del día. Un ligero olor a asafétida. El murmullo de la voz de Tita cotilleando con la madre de Moti en la terraza. La mano oscura de tío Hurree inmóvil sobre una página blanca. El ojo de Ganesha, bondadoso y pequeño, como de cerdo. Un golpe adecuado y el bucle espeso y gris del humo de incienso: acre, vívido, desvanecido. Aromas, atisbos, ecos que flotaban o brillaban con luz tenue en su mente cuando caminaba por las calles, o cuando comía o descansaba del asalto sensorial de los cuasirreales en los que había que participar, durante el día, bajo el otro sol.

Pero la noche es igual en cualquier mundo. La ausencia de luz es sólo eso. Y en la oscuridad, era en el Pale donde estaba. No en sueños, nunca en sueños. Despierta, antes de dormir, o cuando despertaba des-

pués de un sueño, inquieta y tensa, y no podía volverse a dormir. Entonces empezaba a desarrollarse una escena, pero no unos fragmentos dulces y brillantes, sino el completo recuerdo de un lugar y un intervalo de tiempo; y cuando la memoria empezaba a operar, no podía detenerla. Tenía que seguir hasta que la abandonaba. Tal vez fuera una especie de castigo, como el castigo de los amantes en el Infierno de Dante, para que no se olvidaran de ser felices. Pero aquellos amantes eran afortunados, lo recordaban juntos.

La lluvia. El primer invierno en la lluvia de Vancouver. El cielo como un techo de plomo oprimiendo las cubiertas de los edificios, aplastando las grandes montañas negras que se alzaban detrás de la ciudad. Hacia el sur, el agua gris y golpeada por la lluvia del Sound, bajo la cual yacía el Viejo Vancouver, engullido por el avance del mar mucho tiempo atrás. Aguanieve negra en calles de un asfalto brillante. Viento, el viento que lo hacía gemir como un perro y encogerse, temblando de euforia y miedo; era tan fuerte y errático aquel viento frío que venía del Ártico, aliento helado del oso polar. Atravesaba por completo su delgadísimo abrigo, pero las botas eran cálidas, unas enormes y feas botas de plástico negro que chapoteaban en los charcos, y pronto estaría en casa. Hacía que te sintieras segura, aquel frío terrible. La gente pasaba rápidamente sin molestarse unos a otros, con todos los odios y las pasiones congelados. Le gustaba el norte, el frío, la lluvia, la hermosa y sombría ciudad.

Tita parecía tan pequeña aquí, pequeña y efímera, como una diminuta mariposa. Sari de algodón rojo y naranja, delgados brazaletes de bronce en unas muñecas de insecto. Aunque había muchos indios e indocanadienses, muchos vecinos, incluso entre ellos se veía

pequeña, desplazada, fuera de lugar. Su sonrisa parecía extranjera, como si pidiera disculpas. Tenía que llevar zapatos y medias todo el tiempo. Sólo cuando se preparaba para acostarse reaparecían sus pies, los pequeños pies marrones de gran carácter que, en la aldea, siempre habían sido una parte visible de ella, como las manos, los ojos. Aquí los metía en fundas de piel, amputados por el frío. Por eso Tita no caminaba mucho, no corría por la casa, no iba y venía por la cocina. Se quedaba sentada junto al calefactor de la habitación principal, envuelta en una manta pálida y rota hecha de lana, como una mariposa que regresaba a su capullo. Alejándose, alejándose cada vez más, pero sin caminar.

A Sutti le resultaba ahora más fácil reconocer a Madre y Padre, a quienes apenas había visto en los últimos quince años, que a Tita, cuyo regazo había sido su refugio. Era delicioso descubrir a sus padres, el ingenio y la inteligencia afable de su madre, los tímidos y torpes intentos de su padre por mostrar afecto. Conversar con ellos como adulta a pesar de saberse irracionalmente amada como una niña; era fácil, era delicioso. Hablaban de todo, aprendían unos de otros. En cambio, Tita se encogía, se alejaba aleteando muy despacio, dando rodeos, sin que pareciera estar yéndose a alguna parte, de vuelta a la aldea, a la tumba de tío Hurree.

Llegó la primavera, llegó el miedo. La luz del sol volvió al norte larga y pálida como un adolescente, un resplandor plateado y sombrío. Unos pequeños ciruelos rosa florecían a los lados de las calles del vecindario. Los Padres declararon que el Tratado de Beijing contravenía la Doctrina del Destino Único y debía ser revocado. Los Pales iban a abrirse, dijeron los Padres, sus poblaciones podrían recibir la Luz Sagrada, limpiarían la falta de fe de sus escuelas, purificarían los errores

extranjeros y la perversión. Los que siguieran pecando serían reeducados.

Madre iba a las oficinas de Enlace todos los días y volvía a casa tarde y deprimida. Ésta es la ofensiva final, decía; si lo consiguen, no tendremos ningún sitio adonde ir, sólo bajo tierra.

A finales de marzo, una escuadrilla de aviones del Ejército de Dios voló desde Colorado hasta el distrito de Washington y bombardeó la biblioteca, avión tras avión, cuatro horas de bombardeos que convirtieron en basura siglos de historia y millones de libros. Washington no era un Pale, pero el hermoso y viejo edificio, aunque solía estar cerrado con llave, vigilado, nunca había sido atacado; había sobrevivido a todas las épocas de disturbios, guerra, crisis y revolución, hasta ésta. La Época de la Limpieza. El Comandante General de los Ejércitos del Señor anunció el bombardeo cuando éste ya estaba en marcha, era una acción educativa. Una única Palabra, un único Libro. Todas las otras palabras, todos los otros libros eran oscuridad, error. Eran basura. «¡Que brille el Señor!», gritaban los pilotos con uniformes blancos y máscaras de espejo, de vuelta en la iglesia de la base de Colorado, ofreciendo el rostro ausente a las cámaras y las multitudes que cantaban y se mecían, extasiadas. «¡Limpiad la inmundicia y que brille el Señor!»

Pero el nuevo Enviado que había llegado de Hain el año anterior, Dalzul, estaba hablando con los Padres. Lo habían admitido en el Sanctum. Había cuasirreales y holos y 2D suyos en la red y en *Palabra de Dios*. Parecía que los Padres no habían dado órdenes al Comandante General de los Ejércitos para que destruyera la Biblioteca de Washington. El error no era del Comandante General, por supuesto. Los Padres no se equivocaban. El celo de los pilotos había sido excesivo, su acción no

estaba autorizada. El Sanctum emitió un comunicado: los pilotos debían ser castigados. Los condujeron frente a las filas, las multitudes y las cámaras, los despojaron públicamente de sus armas y uniformes blancos. Les quitaron las capuchas, les descubrieron el rostro. Se los llevaron a reeducación para su vergüenza.

Todo estaba en la red, aunque Suttty podía verlo sin tener que participar en ello, ya que Padre había desconectado los vr-propios. *Palabra de Dios* estaba lleno, también. Y del nuevo Enviado, otra vez. Dalzul era terrano. Había nacido en la Tierra de Dios, decían. Era un hombre que comprendía a los hombres de la Tierra como jamás podría hacerlo un extranjero, decían. Un hombre de las estrellas que venía para arrodillarse a los pies de los Padres y hablar sobre la puesta en práctica de los pacíficos propósitos tanto del Sagrado Oficio como del Ecumen.

–Es guapo –dijo Madre, mirándolo con curiosidad–. ¿Qué es? ¿Un hombre blanco?

–Demasiado –dijo Padre.

–¿De dónde es?

Pero nadie lo sabía. Islandia, Irlanda, Siberia, cada uno tenía una historia distinta. Dalzul había dejado Terra para estudiar en Hain, todos coincidían en eso. Había obtenido rápidamente el rango de Observador, luego de Móvil, y más tarde lo habían enviado de nuevo a casa: el primer Enviado terrano a Terra.

–Se fue hace más de cien años –dijo Madre–. Antes de que los unistas se apoderaran de Asia Oriental y de Europa. Antes incluso de que fueran significativos en Asia Occidental. Debe de encontrar su mundo bastante cambiado.

Qué afortunado, pensaba Suttty. ¡Qué hombre tan afortunado! Se marchó, fue a Hain, estudió en la Escue-

la de Ve, ha estado donde no todo es Dios y odio, donde han vivido un millón de años de historia, donde lo comprenden todo. Aquella misma noche les dijo a Madre y Padre que le gustaría estudiar en la Escuela de Formación, para intentar que la admitieran en el Colegio Ecuménico. Se lo dijo con mucha timidez y los vio impávidos, ni siquiera sorprendidos.

—Éste parece ser un buen mundo para irse en estos momentos —dijo Madre.

Se mostraron tan tranquilos y comprensivos que pensó «¿No se dan cuenta de que si apruebo y me envían a uno de los otros mundos no volverán a verme nunca?». Cincuenta años, cien, centenares, los periplos en el espacio no solían durar menos, con frecuencia más. ¿Acaso no les importaba? Hasta aquella tarde, cuando observaba el perfil de su padre sentado a la mesa, labios gruesos, nariz aguileña, cabello que empezaba a encanecer, un rostro severo y frágil, no se le ocurrió que si la enviaban a otro mundo ella tampoco volvería a verlos. Lo habían pensado antes que ella. Breve presencia y larga ausencia, eso es lo que tanto ella como ellos habían tenido siempre. Y lo habían aprovechado todo lo posible.

—Come, Tita —dijo Madre, pero Tita sólo tocó un trozo de *naan* con sus pequeños dedos de antenas de hormiga y no lo cogió.

—Nadie podría hacer buen pan con esta harina —dijo, exonerando al panadero.

—Te estropeaste, viviendo en la aldea —la regañó Madre—. Esto es lo mejor que se puede conseguir en Canadá. Paja triturada de la mejor calidad y polvo de yeso.

—Sí, me estropeé —dijo Tita, sonriendo desde un país lejano.

Los eslóganes más antiguos estaban esculpidos en las fachadas de los edificios: HACIA EL FUTURO. LOS PRODUCTORES-CONSUMIDORES DE AKA MARCHAN HACIA LAS ESTRELLAS.

Otros más recientes recorrían los edificios en bandas de brillantes caracteres electrónicos: EL PENSAMIENTO REACCIONARIO ES EL ENEMIGO DERROTADO. Cuando las pantallas fallaban, los mensajes eran crípticos: OS ES ÓN. Los más nuevos flotaban en holpro sobre las calles: LA CIENCIA PURA DESTRUYE LA CORRUPCIÓN. ARRIBA, ADELANTE. La música flotaba con ellos, muy rítmica, con varias voces, llenando el aire. «¡Adelante, adelante hacia las estrellas!», gritaba un coro invisible al tráfico atascado en el cruce donde se encontraba el robotaxi de Sutti. Subió el volumen del taxi para ahogar la melodía. «La superstición es un cadáver putrefacto», dijo el sistema de sonido con una profunda y atractiva voz masculina. «Las prácticas supersticiosas corrompen las mentes jóvenes. Es responsabilidad de todos los ciudadanos, sean adultos o niños, informar sobre las enseñanzas reaccionarias y denunciar a las autoridades a los profesores que permiten la sedición o introducen la irracionalidad y la superstición en sus clases. A la luz de la Ciencia Pura sabemos que la ardiente cooperación de todo el pueblo es el primer requisito para...» Sutti bajó el volumen todo lo posible. El coro estalló «¡Hacia las estrellas! ¡Hacia las estrellas!» y el robotaxi se sacudió adelante aproximadamente la mitad de su longitud. Dos sacudidas más y podría atravesar el cruce en el siguiente cambio de flujo.

Sutti buscó en los bolsillos un akagest, pero se los había comido todos. Le dolía el estómago. Comida mala, había comido demasiada comida mala durante demasiado tiempo, cosas procesadas llenas de proteí-

nas, condimentos y estimulantes que te obligaban a comprar los estúpidos akagests. Y los estúpidos e inútiles embotellamientos porque los coches estúpidamente mal hechos se estropeaban continuamente, y el ruido todo el tiempo, los eslóganes, las canciones, la propaganda, un pueblo animándose a sí mismo a cometer todas las equivocaciones que todas las poblaciones en fase FF-tec siempre habían cometido... Error.

Criticismo. Era un error permitir que la frustración le nublara el pensamiento y las percepciones. Era un error admitir prejuicios. Mirar, escuchar, ver: observar. Ése era su trabajo. Aquél no era su mundo.

Pero estaba en él, dentro de él, ¿cómo podía observarlo cuando no había manera de escapar? Ya fuera la hiperestimulación de los cuasirreales que tenía que estudiar o el clamor de las calles: no había lugar en el que pudiera sustraerse a la interminable agresión de la propaganda, excepto a solas en su apartamento, dejando fuera el mundo que había ido a observar.

Lo cierto es que no estaba preparada para ser Observadora en aquel lugar. En otras palabras, había fracasado en su primera misión. Sabía que el Enviado la había llamado para decírselo.

Ya casi llegaba tarde a la cita. El robotaxi se sacudió hacia delante una vez más y el sistema de sonido subió el volumen para emitir uno de los anuncios de la Corporación que anulaban las especificaciones anteriores. No había botón de apagado. «Un anuncio de la Oficina de Astronáutica», dijo una voz femenina vibrante y llena de energía y confianza, y Suttu se tapó los oídos con las manos y gritó «¡Cállate!».

–Las puertas del vehículo están cerradas –dijo el robotaxi con la voz monótona y mecánica asignada a los mecanismos que respondían a órdenes verbales.

Sutty vio que era divertido, pero fue incapaz de reír. El anuncio prosiguió y prosiguió mientras las estridentes voces cantaban en el aire «Cada vez más alto, más grande, en marcha hacia las estrellas».

El Enviado del Ecumen, un chiffewariano con ojos de cierva llamado Tong Ov, llegó aún más tarde que ella a la cita; se había retrasado a la salida de su casa de apartamentos por un ridículo error de funcionamiento del sistema de comprobación de los ZIL.

—Y el sistema ha estropeado la micrograb que quería darte —dijo, examinando los archivos de su oficina—. La codifiqué, porque me miran los archivos, naturalmente, y mi código confundió el sistema. Pero sé que está aquí... Así que, mientras tanto, dime cómo han ido las cosas.

—Bueno —dijo Sutty, e hizo una pausa. Llevaba meses hablando y pensando en dovzano. Durante un momento tuvo que rebuscar en sus propios archivos: hindi no, inglés no, haini sí—. Me pediste que preparara un informe sobre la lengua y la literatura contemporáneas. Pero los cambios sociales que tuvieron lugar cuando yo aún estaba en tránsito... Bueno, como va contra la ley, ahora, hablar o estudiar otras lenguas que el dovzano y el haini, no puedo trabajar en las otras lenguas. Si todavía existen. En cuanto al dovzano, los Primeros Observadores realizaron una investigación lingüística bastante exhaustiva. Yo sólo puedo añadir detalles y vocabulario.

—¿Y la literatura? —preguntó Tong.

—Todo lo que estaba escrito en los antiguos alfabetos ha sido destruido. O si existe, no sé de qué se trata, porque el Ministerio no permite acceder a él. Así que sólo he podido trabajar en la literatura sonora moderna. Todo está escrito según las especificaciones de la Corporación. Suele estar muy... estandarizado.

Miró a Tong Ov para ver si sus quejas lo aburrían, pero aunque seguía buscando el archivo perdido parecía escucharla con gran interés.

—Todo sonoro, ¿no? —dijo.

—A excepción de los manuales de la Corporación, no hay casi nada publicado, excepto impresiones para sordos y cartillas para acompañar textos sonoros para principiantes... La campaña contra las viejas formas ideográficas parece haber sido muy intensa. Tal vez logró que la gente tuviera miedo de escribir, que desconfiara de la escritura en general. En cualquier caso, la única literatura que he conseguido son grabaciones sonoras y cuasirreales. Publicados por el Ministerio Mundial de Información y el Ministerio Central de Poesía y Arte. En realidad, la mayor parte de las obras son informativas o educativas más que, bueno... literatura o poesía tal como yo las entiendo. Aunque muchos cuasirreales son dramatizaciones de problemas prácticos y éticos y soluciones... —Estaba haciendo un gran esfuerzo para hablar con objetividad, imparcialidad, sin prejuicios, y para que su voz sonara completamente neutra.

—Parece aburrido —dijo Tong, todavía pasando rápidamente los archivos.

—Bueno, yo... Creo que no soy sensible a esta estética. Es tan profunda y... y... y absolutamente política. Por supuesto, todo el arte es político. Pero cuando todo es didáctico, todo está al servicio de un sistema de creencias, me ofende, quiero decir, me resisto. Pero intento no hacerlo. Tal vez, como esencialmente han borrado su historia... Por supuesto, no había manera de saber que estaban en la antesala de una revolución cultural, cuando me enviaron aquí, pero en todo caso, para esta Observación en concreto, quizás un terrano

fuera una mala elección. Teniendo en cuenta que en Terra estamos viviendo el futuro de un pueblo que negó su pasado.

Se detuvo, horrorizada por lo que había dicho. Tong la miró, impávido.

—No me sorprende que te parezca imposible llevar a cabo lo que has estado intentando hacer. Pero necesitaba tu opinión. Para mí ha valido la pena, pero para ti ha sido agotador. Tenemos que hacer un cambio. —Había un destello en sus ojos oscuros—. ¿Qué te parece subir el río?

—¿El río?

—Así es cómo llaman a «ir al campo», ¿no? Pero en realidad me refería al Ereha.

Cuando pronunció ese nombre ella recordó que un ancho río atravesaba la capital, en parte cubierto y tan oculto por edificios y terraplenes que no recordaba haberlo visto, excepto en los mapas.

—¿Te refieres a salir de Ciudad Dovza?

—Sí —dijo Tong—. ¡Fuera de la ciudad! ¡Y sin visita guiada! ¡Por primera vez en cincuenta años! —Sonrió como un niño que mostrara un regalo escondido, una hermosa sorpresa—. Llevo aquí dos años y he presentado ochenta y una peticiones de permiso para enviar a un empleado a vivir o pasar una temporada en algún lugar fuera de Ciudad Dovza o Kangnegne o Ert. Me lo han denegado educadamente ochenta veces, con ofertas de otra visita guiada a las instalaciones del programa espacial o la belleza de la primavera en las Islas Orientales. Presentaba esas peticiones por costumbre, maquinalmente. ¡Y de repente me conceden una! ¡Sí!

«Uno de sus empleados está autorizado a pasar un mes en Okzat-Ozkat.» ¿O es Okzat-Okzat? Se trata de una ciudad pequeña, al pie de las montañas, remontan-

do el río. El Ereha nace en la cordillera de Cabecera Alta, a unos mil quinientos kilómetros de la costa. Pedí esa zona, Rangma, sin tener esperanzas de que me la concedieran, y me la han concedido. –Sonrió alegremente.

–¿Por qué allí?

–He oído hablar de una gente que parece interesante.

–¿Parte de un grupo étnico? –preguntó ella, esperanzada.

Poco después de llegar, cuando conoció a Tong Ov y a los otros dos Observadores presentes en Ciudad Dozva, todos habían comentado la terrible cultura única de las grandes ciudades de la moderna Aka, el único lugar donde se permitía vivir a los escasísimos extranjeros autorizados a estar en el planeta. Todos estaban convencidos de que la sociedad akana debía de presentar diferencias y variaciones regionales y los decepcionaba no tener modo de averiguarlo.

–Sectarios, sospecho, más que étnicos. Un culto. Posiblemente restos ocultos de una religión prohibida.

–Ah –dijo ella, intentando conservar una expresión de interés.

Tong seguía examinando sus archivos.

–Estoy buscando lo poco que he averiguado al respecto. La Oficina Sociocultural habla de restos de actividades criminales anticientíficas. Y también hay unos pocos rumores e historias. Ritos secretos, gente que camina en el viento, curas milagrosas, predicciones del futuro. Lo habitual.

Habiendo heredado una historia de tres millones de años, era difícil hallar algo en el comportamiento o las invenciones de los hombres que pudiera considerarse fuera de lo habitual. Aunque los haini lo llevaban

con ligereza, sus diversos descendientes tenían que soportar la carga de saber que era poco probable que encontraran algo nuevo, incluso imaginario, bajo ningún sol.

Sutty guardó silencio.

–Del material que los Primeros Observadores que estuvieron aquí enviaron a Terra –prosiguió Tong–, ¿sobrevivió algo sobre el pensamiento religioso?

–Bueno, como sólo llegó intacto el informe lingüístico, la única información que tenemos sobre cualquier cosa es lo que pudimos deducir del vocabulario.

–Toda la información reunida por los únicos que pudieron estudiar Aka con libertad... perdida por un fallo técnico –dijo Tong, volviéndose a sentar y dejando que la búsqueda en los archivos concluyera sola–. ¡Qué mala suerte! ¿O no fue un fallo técnico?

Como todos los chiffewarianos, Tong era bastante calvo: un chihuahua, según el habla de Valparaíso. Para minimizar la impresión que causaba aquí, donde la calvicie era muy poco frecuente, llevaba sombrero; pero como los akanos rara vez llevaban sombrero, así parecía quizá más extranjero que si no llevara nada. Era un hombre de maneras gentiles, informal, directo, y a Sutty la hacía sentirse todo lo cómoda que era capaz; sin embargo, era tan impersonal que, al final, resultaba frío. Como no era dado a las confidencias, no ofrecía intimidad alguna. Sutty agradecía que aceptara la distancia que ella le imponía. Hasta ahora, él había guardado la suya. Pero le daba la impresión de que la pregunta era intencionada. Sabía, probablemente, que la pérdida de la transmisión no había sido ningún accidente.

¿Por qué tenía ella que explicárselo? Había dejado claro que viajaba sin equipaje, como siempre habían

hecho los Observadores y los Móviles en los siglos que llevaban en el espacio. Ella no podía responder del lugar que había dejado a sesenta años luz tras de sí. No era responsable de Terra y su terrorismo sagrado.

Pero el silencio proseguía, y al final dijo:

–El ansible de Beijing fue sabotado.

–¿Saboteado?

Ella asintió.

–¿Por los unistas?

–Hacia el final del régimen la mayor parte de las instalaciones del Ecumen y las áreas del tratado fueron atacadas. Los Pales.

–¿Se destruyeron muchas?

Estaba intentando sonsacarle. Obligarla a hablar de ello. La invadió la ira, la rabia. Sentía la garganta tensa. No dijo nada, porque era incapaz de decir algo.

Una pausa considerable.

–No quedó más que la lengua, entonces –dijo Tong.

–Casi nada.

–¡Qué mala suerte! –repitió él con energía–. Que los Primeros Observadores fueran terranos, y que enviaran el informe a Terra y no a Hain; es natural, pero sigue siendo mala suerte. Y aún peor, quizá, sería que sobrevivieran todas las transmisiones enviadas desde Terra por ansible. Toda la información técnica que pidieron los akanos y que Terra envió, sin ningún tipo de restricción... ¿Por qué, por qué consintieron los Primeros Observadores una intervención cultural tan importante?

–Tal vez no lo hicieran. Tal vez lo enviaran los unistas.

–¿Por qué habrían de iniciar los unistas la marcha de Aka hacia las estrellas?

Ella se encogió de hombros.

–Proselitismo.

—¿Quieres decir, convencer a otros para que creyeran lo que ellos creían? ¿Era el progreso tecnológico e industrial un elemento de la religión unista?

Consiguió no encogerse de hombros.

—Entonces, ¿en el periodo en que los unistas rechazaron el contacto por ansible con los estables de Hain, estaban... *convirtiendo* a los akanos? Suttu, ¿crees que es posible que enviaran, cómo vosotros los llamáis, misioneros aquí?

—No lo sé.

No estaba poniéndola a prueba, ni tendiéndole trampas. Siguiendo con entusiasmo el hilo de sus pensamientos, sólo intentaba que ella, una terrana, le explicara qué habían hecho los terranos y por qué. Pero ella no quería ni podía explicar o hablar por los unistas.

Captando su negativa a especular, dijo:

—Sí, sí, lo siento. ¡Es evidente que tú no tenías una relación íntima con los líderes unistas! Pero se me acaba de ocurrir una idea. Verás, si enviaron misioneros, y si transgredieron los códigos akanos de alguna manera, ¿te das cuenta...? Eso podría explicar la Ley del Límite.

—Se refería al repentino anuncio, que había tenido lugar cincuenta años antes y estaba en vigor desde entonces, de que sólo se autorizaría la presencia de cuatro personas de otros mundos al mismo tiempo en Aka, y sólo en las ciudades—. ¡Y eso explicaría la prohibición de la religión unos pocos años después! —Estaba entusiasmado con su teoría. Sonrió y entonces le preguntó casi suplicándole—: ¿Has oído hablar alguna vez de un segundo grupo enviado desde Terra?

—No.

Suspiró, volvió a sentarse. Al cabo de un minuto desechó sus especulaciones con un pequeño movimiento de la mano.

–Llevamos aquí setenta años –dijo– y lo único que conocemos es el vocabulario.

Sutty se relajó. Habían dejado Terra, estaban de nuevo en Aka. Estaba a salvo. Habló con cautela, pero con la fluidez del alivio.

–En mi último año de preparación se reconstruyeron varios artefactos facsímiles a partir de los documentos dañados. Imágenes, unos pocos fragmentos de libros. Pero no lo suficiente para extrapolar elementos culturales significativos. Y como cuando llegué ya se había establecido el Estado Corporación, no sé nada del sistema al que reemplazó. Ni siquiera sé cuándo prohibieron la religión. ¿Cuánto hace, unos cuarenta años? –Oyó su propia voz: apaciguadora, falsa, forzada. Error.

Tong asintió.

–Treinta años después del primer contacto con el Ecumen. La Corporación promulgó el primer decreto que declaraba ilegal «la práctica y la enseñanza de religión». Unos pocos años después anunciaban castigos horribles... Pero lo extraño, lo que me hizo pensar que el impulso podría venir de otros planetas, es la palabra que utilizan para religión.

–Derivada del haini –dijo Sutty, asintiendo.

–¿No había ningún término local? ¿Conoces alguno?

–No –dijo ella, después de examinar concienzudamente no sólo su vocabulario dovzano, sino otras lenguas akanas que había estudiado en Valparaíso–. No conozco ninguno. Gran parte del vocabulario reciente del dovzano procedía de otros planetas, por supuesto, igual que las tecnologías industriales; pero ¿tomar prestada una palabra referida a una institución nativa para prohibirla? Extraño en verdad. Y ella debería haberse dado cuenta. Lo habría hecho si no hubiera desconec-

tado de la palabra, la cosa, el tema, cada vez que aparecía. Error. Error.

Tong se había distraído un poco; el archivo que buscaba había aparecido al fin. Dejó que el anotador lo recuperara y descodificara. Eso le llevó algún tiempo.

–Los microfilmes akanos dejan bastante que desear –dijo, apretando una última tecla.

–Todo se rompe en el plazo previsto –dijo Suttty–. Es el único chiste akano que conozco. Lo malo es que se cumple.

–¡Pero ten en cuenta lo que han conseguido en setenta años! –El Enviado volvió a sentarse, divagando acaloradamente, con el sombrero ligeramente torcido–. Para bien o para mal, les dieron las bases de una G86. –G86 era la abreviatura con que los historiadores haini definían a las sociedades que avanzaban rápidamente hacia la fase tecnológica e industrial–. Y devoraron esa información de un trago. Rehicieron su cultura, establecieron el estado mundial corporativo, enviaron una nave a Hain... ¡Todo en la vida de un hombre! Es un pueblo asombroso, de veras. ¡Tienen una disciplina asombrosa!

Suttty asintió obedientemente.

–Pero debe de haber habido resistencia por el camino. Esta obsesión antirreligiosa... Incluso si la provocamos nosotros mismos junto con la expansión tecnológica...

Era decente por su parte, pensó Suttty, seguir diciendo «nosotros», como si el Ecumen hubiera sido responsable de la intervención de Terra en Aka. Aquél era el elemento haini subyacente en el pensamiento del Ecumen: «Asume la responsabilidad».

El Enviado seguía el hilo de pensamientos.

–Los mecanismos de control son muy persuasivos y

efectivos, debieron de crearse como respuesta a algo poderoso, ¿no crees? Si la resistencia al Estado Corporativo se centró en una religión, una religión consolidada y muy extendida, eso explicaría la supresión de las prácticas religiosas por parte de la Corporación. Y el intento de establecer el teísmo nacional en su lugar. Dios como Razón, el Martillo de la Ciencia Pura, todo eso. En cuyo nombre se destruyeron los templos, se prohibieron las predicaciones. ¿Qué te parece?

–Me parece comprensible –dijo Suty.

Tal vez no fuera la respuesta que él había esperado. Permanecieron en silencio durante un minuto.

–La antigua escritura, los ideogramas –dijo Tong–, ¿puedes leerlos con fluidez?

–Era lo único que se podía aprender cuando hice mi instrucción. Era la única escritura de Aka hace setenta años.

–Por supuesto –dijo, con el encantador ademán chiffewariano que significaba «Por favor, perdona la idiotez»–. Con sólo doce años de diferencia, ya ves, sólo aprendí el alfabeto moderno.

–A veces me pregunto si soy la única persona en Aka capaz de leer los ideogramas. Una extranjera, una persona de otro mundo. Probablemente no.

–Probablemente no. Aunque los dovzanos son un pueblo sistemático. Tan sistemático que cuando prohibieron la antigua escritura también destruyeron sistemáticamente todo lo que estaba escrito con ella: poemas, obras de teatro, historia, filosofía. Todo, ¿te das cuenta?

Ella recordó la creciente perplejidad de sus primeras semanas en Ciudad Dovza: su incredulidad ante los escasos e insípidos contenidos de lo que llamaban bibliotecas, la pared blanca con que topaban todos sus intentos de investigación, cuando todavía creía que de-

bía de quedar algún vestigio, en alguna parte, de la literatura de un mundo entero.

—Si encuentran libros o textos, incluso ahora, los destruyen —dijo—. Uno de los departamentos principales del Ministerio de Poesía es la Oficina de Localización de Libros. Encuentran libros, los confiscan y los envían a que los reduzcan a material de construcción. Material aislante. A los libros los llaman reducibles. Una mujer de allí me dijo que iban a enviarla a otro departamento porque no había más reducibles en Dovza. Estaba limpia, dijo. Purificada.

Advirtió que su voz empezaba a sonar nerviosa. Desvió la mirada, intentó aligerar la tensión de sus hombros.

Tong Ov conservaba la calma.

—Una historia entera perdida, borrada, como por un terrible desastre —dijo—. ¡Extraordinario!

—No es tan extraño —dijo ella, muy tensa. Error. Volvió a colocar los hombros, aspiró y expiró una vez y habló con mucha calma—. Los pocos poemas y dibujos akanos que se reconstruyeron en el Centro Ansible Terrano serían ilegales aquí. Tenía copias en el anotador. Las borré.

—Sí. Sí, muy bien. No podemos introducir nada que ellos no quieran tener por aquí.

—Odié hacerlo. Sentí que estaba conspirando.

—El margen entre la conspiración y el respeto puede ser pequeño —dijo Tong—. Por desgracia, aquí estamos en ese margen.

Por un momento Suttu sintió una solemnidad oscura en él. Estaba mirando a lo lejos, muy lejos. Entonces volvió a su lado, ingenioso y sereno.

—Sin embargo —dijo— hay bastantes retazos de la antigua caligrafía pintados aquí y allá, por la ciudad, ¿verdad? Sin duda los consideran inofensivos porque

nadie puede leerlos... Y las cosas tienden a sobrevivir en lugares apartados. Una noche bajé al distrito del río... No está muy bien visto, no debería haberlo hecho, pero de vez en cuando es posible pasear por una ciudad de este tamaño sin que tus anfitriones lo sepan. Al menos finjo que no lo saben. En cualquier caso, oí una música extraña. Instrumentos de madera. Intervalos ilegales.

Ella lo interrogó con la mirada.

–El Estado Corporación exige a los compositores que utilicen lo que yo conozco como la octava terrana.

Sutty pareció estúpida. Tong cantó una octava.

Sutty intentó parecer inteligente.

–Aquí la llaman Escala Científica de Intervalos. –dijo Tong. Y al no ver aún signos de comprensión preguntó sonriendo: ¿Te parece la música akana más familiar de lo que esperabas?

–No había pensado en ello... No sé. Soy incapaz de entonar una melodía. No conozco los tonos.

La sonrisa de Tong se ensanchó.

–A mí la música akana me suena como si ninguno de ellos supiera lo que es un tono. Bueno, lo que oí en el distrito del río no se parecía en nada a la música de los altavoces. Intervalos diferentes. Armonías muy sutiles. «Droga musical», lo llamaba aquella gente. Deduje que la droga musical la tocan los sanadores de confianza, los doctores brujos. De un modo u otro conseguí acordar una charla con uno de esos doctores. Dijo «Conocemos algunas canciones y medicinas antiguas. No conocemos las historias. No podemos contarlas. La gente que contaba las historias ha desaparecido». Lo presioné un poco y añadí: «Tal vez queden algunos remontando el río. En las montañas». –Tong Ov volvió a sonreír, pero tristemente-. Quería saber más, pero mi presencia los po-

nía en peligro, claro. –Hizo una pausa bastante larga–. Uno tiene la sensación, a veces, de que...

–De que todo es culpa nuestra.

Al cabo de un momento él dijo:

–Sí. Lo es. Pero ya que estamos aquí, intentaremos que nuestra presencia no sea una carga.

Los chiffewarianos asumían responsabilidades, pero no cultivaban la culpa del mismo modo que los terranos. Suttu sabía que lo había entendido mal. Sabía que sus palabras lo habían sorprendido. Pero ella no podía dejar de ser una carga. Guardó silencio.

–¿Qué crees que quería decir el doctor sobre las historias y la gente que las contaba?

Intentó concentrarse en la pregunta, pero no pudo. Ya no podía seguirlo. Sabía lo que significaba el dicho «tirar hasta que se acaba la cuerda». La cuerda la ahogaba, le apretaba la garganta.

–Creía que me habías mandado llamar para decirme que ibas a trasladarme –dijo.

–¿Fuera del planeta? ¡No! No, no –dijo Tong, con asombro y tranquila amabilidad.

–No deberían haberme enviado aquí.

–¿Por qué dices eso?

–Me formé en lingüística y literatura. En Aka sólo queda una lengua y nada de literatura. Quería ser historiadora.

¿Cómo puedo serlo, en un mundo que ha destruido su historia?

–No es nada fácil –dijo Tong con sentimiento. Se levantó para comprobar el grabador de archivos–. Por favor, Suttu –dijo–, cuéntame, ¿te resulta muy difícil soportar la homofobia institucionalizada?

–Crecí con ella.

–Bajo los unistas.

–No sólo los unistas.

–Ya veo –dijo Tong. Todavía de pie, habló con cautela, mirándola; ella bajó la vista–. Sé que experimentaste una gran convulsión religiosa. Y pienso en Terra como un mundo cuya historia ha estado configurada por las religiones. Por eso te considero la más adecuada de nosotros para investigar los vestigios, si existen, de la religión de este mundo. Ki Ala no tiene experiencia en religiones, ya sabes, y Garru no es objetivo en ese aspecto. –Volvió a detenerse. Ella no respondió–. Es posible que tu experiencia –dijo él– haga que te sea difícil ser objetiva. Haber pasado toda la vida bajo la represión teocrática, y el tumulto y la violencia de los últimos años del unismo...

Tenía que hablar.

–Creo que mi preparación me permitirá observar otra cultura sin demasiados prejuicios –dijo fríamente.

–Tu preparación y tu temperamento: sí. Yo también lo creo. Pero las presiones de una teocracia agresiva, el gran peso que ha tenido a lo largo de tu vida, pueden haber dejado en ti cierta desconfianza, cierta resistencia. Una vez más: si te estoy pidiendo que observes algo que detestas, por favor, dímelo.

Al cabo de unos segundos que se le hicieron largos, Suttu dijo:

–Soy muy mala para la música.

–Creo que la música es un pequeño elemento de algo muy grande –dijo Tong con ojos de cierva, implacable.

–No veo ningún problema, entonces –dijo ella. Se sentía fría, falsa, derrotada. Le dolía la garganta.

Tong esperó un poco a que dijera algo más y luego aceptó su palabra. Tomó la grabación de microcristal y se la dio. Ella la aceptó sin pensar.

–Lee esto y escucha la música aquí en la biblioteca, por favor, y luego bórralo –dijo–. Borrar es un arte que debemos aprender de los akanos. ¡En serio! Lo digo de verdad. Los haini quieren conservarlo todo. Los akanos quieren tirarlo todo. Tal vez haya un punto medio. En cualquier caso, ésta es nuestra primera oportunidad de entrar en un área donde tal vez no borraron la historia tan exhaustivamente.

–No sé si sabré qué estoy viendo cuando lo vea. Ki Ala lleva aquí diez años. Tú tienes la experiencia de otros cuatro mundos. –Le había dicho que no había problema. Le había dicho que podía hacer lo que le pedía. Ahora se oyó gemir intentando aún salir de allí. Era un error. Vergonzoso.

–Yo nunca he vivido una gran revolución social –dijo Tong–. Ni Ki Ala. Somos hijos de la paz, Suttu. Yo necesito un hijo del conflicto. De todas formas, Ki Ala es analfabeto. Yo soy analfabeto. Tú sabes leer.

–Lenguas muertas con un alfabeto prohibido.

Tong volvió a mirarla durante un minuto, en silencio, con una ternura real, impersonal, intelectual.

–Creo que tiendes a subestimar tus capacidades, Suttu – dijo–. Los Estables te escogieron como uno de los cuatro representantes del Ecumen en Aka. Necesito que aceptes el hecho de que tu experiencia y tus conocimientos son esenciales para mí, para nuestro trabajo aquí. Por favor, tenlo en cuenta.

Esperó hasta que ella dijo:

–Lo haré.

–Quiero que antes de que subas a las montañas, si lo haces, tengas también en cuenta los riesgos. Mejor dicho, el hecho de que no sabemos qué riesgos puede haber. Los akanos no parecen un pueblo violento; pero eso es difícil de juzgar desde nuestra posición aislada.

No sé por qué nos han concedido el permiso de repente. Probablemente tengan alguna razón o motivo, pero sólo podremos averiguarlo si lo aprovechamos. –Hizo una pausa, con los ojos todavía fijos en ella–. No se menciona que vayas a ir acompañada, o que vayas a tener guías, perros guardianes. Es posible que vayas bastante a tu aire. Es posible que no. No lo sabemos. Ninguno de nosotros sabe cómo es la vida fuera de las ciudades. Cualquier diferencia o similitud, cualquier cosa que veas, cualquier cosa que leas, cualquier cosa que grabes, será importante. Ya sé que eres una observadora sensible e imparcial. Y si queda algo de historia en Aka, tú eres el miembro de mi equipo más adecuado para encontrarlo. La mejor para ir en busca de esas «historias», o de la gente que las conoce. Así que, por favor, escucha estas canciones y luego vete a casa y piensa en ello, y comunícame tu decisión mañana, ¿okey?

Pronunció la antigua fórmula terrana con dificultad, con cierto orgullo por el logro. Suttu intentó sonreír.
–Okey –dijo.